

ral muy en breve. Todo esto iba acompañado de las espresiones mas propias á apaciguar el carácter impetuoso del hombre que á la sazón gobernaba la Francia.

Cuando recibió el primer consul semejantes noticias, esperimentó vivo enojo; ofendiale en primer lugar el acto de haber desaprobado al oficial que habia tratado con su persona, y en segundo veia alejarse con pesadumbre la paz apetecida, viendo especialmente en la asistencia de la Inglaterra á la negociacion, un origen de interminables dilaciones por ser mucho mas difícil concluir la paz marítima que la continental. En el instante y bajo el imperio de la primera impresion quiso armar un escándalo denunciando al Austria por haber faltado á la buena fé, y volviendo al punto á emprender las hostilidades. Persuadido Mr. de Talleyrand de que él mismo se habia perjudicado por negociar con un plenipotenciario sin poderes, hizo grandes esfuerzos por aplacar al primer consul y se sometió aquel asunto al consejo de Estado. Aquel gran cuerpo que ahora no es mas que un tribunal administrativo era á la sazón un verdadero consejo de gobierno. El ministro le dirigió una comunicacion muy circunstanciada. «El primer consul, decia en aquel documento, ha juzgado oportuno convocar estraordinariamente al consejo de Estado y confiando en su prudencia no menos que en sus luces me ha encargado que le dé á conocer todos los pormenores mas minuciosos de la negociacion seguida con la corte de Viena.» Despues de haber espuesto aquella negociacion como hubiera podido hacerlo ante un consejo de ministros, convenia Mr. de Talleyrand en que el

plenipotenciario austriaco no tenia poderes, y que al negociar con él se debia haber previsto la posibilidad de una negativa; y en su consecuencia sobre aquel asunto no se podia *entablar una polémica de aparato*, y convenia renunciar á un escándalo. Trayendo por último á la memoria el ejemplo de las negociaciones para la paz de Westfalia que habian precedido con mucho á la firma del tratado de Munster, y durante las cuales se habia negociado y combatido á un mismo tiempo, proponia aceptar la apertura de un congreso, y comenzar al mismo tiempo las hostilidades.

En efecto, este era el partido mas prudente que podia adoptarse. Era preciso entrar en negociaciones, puesto que las potencias enemigas hacian oferta á Francia, pero al mismo tiempo convenia aprovechar la circunstancia de hallarse nuestros ejércitos prontos á entrar en campaña, mientras los ejércitos austriacos no se habian re- puesto todavia de sus derrotas, á fin de obligar al Austria á negociar formalmente y á separarse de la Inglaterra.

Se podia tambien ensayar un medio que tenia sus ventajas y de él se apoderó el primer consul con su sagacidad acostumbrada. Proponia Inglaterra una negociacion comun á ambas naciones; pero admitiéndola en un congreso, se corria el peligro de introducir allí á una parte contratante que tenia poca prisa, en concluir un tratado, y el peligro sobre todo de complicar la paz continental con todas las dificultades de la paz marítima, con lo cual transcurriria el tiempo en negociaciones ó poco sinceras, ó de difícil solucion, y pasaria de este modo la estacion de los combates, dando-

se á los ejércitos austriacos un respiro de que tanto necesitaban. Graves inconvenientes eran estos, si bien podian ser resarcidos; y supuesto que Inglaterra solicitaba ser admitida en la negociacion debia admitírsela con la condicion espresa de concluir tambien un armisticio marítimo. Si Inglaterra consentia en semejante cosa, los beneficios marítimos sobrepujarian en mucho á los inconvenientes del armisticio continental, porque pudiendo nuestras escuadras surcar los mares con libertad, habria medios de abastecer á Malta, y de llevar á Egipto material y soldados. A trueque de obtener semejante ventaja se habria espuesto el primer consul de buen grado á sostener una campaña mas en el continente. El armisticio marítimo era sin duda una cosa nueva y poco comun en el derecho de gentes; pero era necesario que la alianza anglo-austriaca pagase de algun modo el sacrificio que haciamos por nuestra parte con suspender la marcha de nuestras legiones sobre Viena.

Teniamos en Londres un negociador permanente, hábil, cauto, Mr. Otto, encargado allí de tratar los asuntos relativos á los prisioneros de guerra: y así mismo elegido por nuestro gabinete, con el objeto de servirse de él en la primera ocasion, para hacer ó escuchar proposiciones, recibiendo ademas el encargo especial de dirigirse al gabinete británico, y abordar directamente la cuestion de armisticio naval. De aquel modo lograba el primer consul la ventaja de caminar mas de prisa, y de tratar directamente sus negocios, lo cual le parecia preferible á valerse de terceras personas. Comunicáronse el 24 de agosto, (6 de fructi-

dor del año VIII) instrucciones á Mr. Otto conformes con este nuevo proyecto de negociacion y en el mismo dia contestó el primer consul á las comunicaciones de Viena, por medio de una carta concebida en términos bastante duros, en la cual atribuia al tratado de subsidios firmado el 20 de julio último la negativa dada á los preliminares; lamentaba desdeñosamente la dependencia en que se habia colocado el emperador respecto de Inglaterra, y aceptaba un congreso en Luneville; pero añadia que mientras se negociaba era forzoso pelear, ya que al proponer una negociacion comun no habia tenido el Austria la precaucion de imponer como condicion natural una suspension de armas por mar y tierra. De este modo comprometia á la diplomacia austriaca á intervenir por sí directamente en Londres á fin de obtener el armisticio naval.

Entabláronse en Londres comunicaciones entre Mr. Otto y el general George, jefe del *Transport office*, las cuales duraron todo el mes de setiembre y en ellas propuso Mr. Otto en nombre de la Francia que se suspendiesen las hostilidades por mar y tierra; que se permitiese circular libremente á todos los buques de comercio y de guerra de las naciones beligerantes; y que los puertos pertenecientes á Francia, ocupados por sus ejércitos tales como los de Malta y Alejandria, fuesen asimilados en un todo á las plazas de Philipsburgo, Ulma é Ingolstadt en Alemania; las cuales hallándose bloqueadas por nuestros ejércitos podian recibir, á pesar de eso, víveres y provisiones. Negociando francamente Mr. Otto, convino en que resultarian á Francia grandes ventajas de aquellas

condiciones, si bien añadió que las necesitaba grandísimas para indemnizarse de la concesion que hacia, dejando pasar el estío sin acabar la destruccion de los ejércitos austriacos.

Por medio de esta peticion se habia exigido de Inglaterra un sacrificio que nada era capaz de arancarle: porque en efecto equivalia á consentir un nuevo abastecimiento en Malta y Egipto, asegurando acaso para siempre aquellas dos posesiones á la Francia; y equivalia tambien á permitir á la gran escuadra francesa-española su salida de Brest y su paso al Mediterráneo, para que tomase allí una posicion que la hiciese señora de aquel mar por un espacio mas ó menos largo de tiempo. No podia pues acceder á aquella proposicion Inglaterra; sin embargo le tocaba muy de cerca el peligro del Austria, y tenia grande interés en no consentir que fuese aniquilada, porque una vez aniquilada el Austria, el general Bonaparte, libre, dueño de todos sus recursos, era capaz de acometer alguna formidable empresa contra las Islas británicas. De consiguiente creyó que debia hacer sacrificios á un interés de tanta monta, y al par que clamaba contra la estrañeza de un armisticio por mar, presentó un contra-proyecto con fecha de 7 de setiembre de 1800 (20 de fructidor del año VIII). En primer lugar aceptaba el punto de Luneville para la celebracion del congreso y nombraba á Mr. Tomás Grenville, hermano del ministro de negocios estrangeros, para tratar de la paz general. Despues en cuanto al armisticio marítimo, proponia el sistema siguiente: se suspenderian todas las hostilidades por mar y tierra, y la suspension de armas seria comun no solo á

las tres partes beligerantes, Austria, Francia é Inglaterra sino tambien á sus aliadas, disposicion cuyo objeto se reducía á libertar á Portugal de las instancias amenazadoras de España. Las plazas marítimas bloqueadas, tales como las de Malta y Alejandria, serian asimiladas á las plazas de Alemania y abastecidas cada quince dias en proporcion al consumo que se hiciera en el intervalo de tiempo ya pasado. Los buques de guerra de alto bordo estacionados en Brest y otros puertos, no podrian mudar de estacion mientras durase el armisticio.

Semejante contra-proyecto era por parte de Inglaterra, mas bien un testimonio de buena voluntad en favor del Austria que una concesion efectiva sobre el importante punto de la negociacion. Sin duda podia ganar algo la isla de Malta en ser abastecida por espacio de algunos meses; pero Egipto no necesitaba de víveres, sino soldados, fusiles, y cañones y de ningun modo granos, pues tenia de ellos provisiones para todo el mundo.

No obstante Francia aun cediendo sobre algunos puntos podia sacar grandes ventajas del armisticio naval, para admitirle siquiera fuese con modificaciones.

El 21 de setiembre (4.º dia de complementario del año VIII), hizo el primer consul una proposicion que fué la última. Consentia en que los buques de línea de alto bordo no pudiesen mudar de estacion, lo cual condenaba á la escuadra combinada de España y Francia á permanecer bloqueada en Brest: solicitaba que Malta fuese abastecida cada quince dias á razon de diez mil raciones diarias, y consentia en que Egipto conti-

nuase bloqueado; pero pedia que pudiesen hacerse á la vela desde Tolon seis fragatas con rumbo á Alejandria, y volver de allí sin ser registradas.

Su intencion en esto era bastante clara y hacia muy bien en no disimular un interés por todos adivinado á la primera vista. Pretendia armar seis fragatas, cargarlas de hombres y municiones de guerra, y enviarlas á Egipto, y esperaba que podrian llevar cuatro mil soldados, muchos fusiles, sables, bombas, balas etc. Así todo lo habia sacrificado para limitarse á su objeto esencial, el nuevo abastecimiento de Malta y el reclutamiento del ejército de Egipto.

Pero la dificultad venia á ser la misma en el fondo, por muchos esfuerzos que se hiciesen de una y otra parte á fin de amiaorarla, pues se trataba de conservar á Malta y Egipto á la Francia, interés respecto al cual no queria transigir Inglaterra. No habia pues, medio de entenderse; y la negociacion fué abandonada en virtud de la negativa dada en Lóndres acerca de la admission del último proyecto de armisticio naval.

Antes de romper definitivamente aquellas conferencias el primer consul, á título de buen proceder, pasó á Inglaterra la última proposicion por la cual ofrecia renunciar á todo armisticio, tratando no obstante con ella, si bien en negociacion separada de la que se iba á entablar con el Austria.

Corrió el mes de setiembre de 1800; habian transcurrido muchos meses en vanas negociaciones desde las victorias de Marengo y de Hochstett y el primer consul no queria perder en la inaccion mas tiempo.

Amenazada el Austria habia respondido que no podia obligar á Inglaterra á firmar un armisticio maritimo, que por su parte ofrecia negociar sin tardanza, que habia nombrado á Mr. Lhekbach para que se dirigiese á Luneville á donde iba á marchar inmediatamente; y que Mr. Tomas Grenville aguardaba así mismo pasaporte, por lo que se podia negociar sin dilaciones, si bien no era necesario emprender de nuevo las hostilidades mientras las negociaciones durasen, derramándose aun mas torrentes de sangre humana. El primer consul que descubria harto bien la intencion secreta de dar largas mientras llegaba el invierno, no por eso persistia menos en denunciar las hostilidades, y habia dado al efecto las órdenes oportunas. Habia empleado perfectamente los dos meses transcurridos, dando la última mano á la organizacion de los ejércitos. He aquí sus nuevas disposiciones relativamente á este asunto.

Moreau, como, ya dijimos, se habia visto obligado á enviar al general Sainte-Suzanne junto al Rhin con algunos destacamentos á fin de reunir las guarniciones de Maguncia y Strasburgo, y hacer frente á los guerrilleros levantados por el baron de Albin en el centro de Alemania. Así se habia debilitado la fuerza del ejército de Moreau siendo al mismo tiempo aquel un medio insuficiente para cubrir su retaguardia. A fin de precaver todo peligro por aquel lado, se apresuró el primer consul á completar el ejército bátavo puesto á las órdenes de Augereau y formado de ocho mil holandeses y doce mil franceses, sacados unos y otros de las tropas que guarnecian la Holanda, y los departamentos del norte. Aquellas

tropas, las mas de ellas fatigadas en las campañas precedentes, rehechas despues por el descanso y completadas con reclutas constaban á la sazón de excelentes cuerpos. Augereau se habia trasladado á Francfort y allí contenia con su presencia á los levantamientos de Maguncia promovidos por el baron de Albini, y á los destacamentos austriacos que habia por aquellos alrededores. Tomada esta precaucion, el cuerpo de Sainte-Suzanne ya reorganizado y con la fuerza de diez y ocho mil hombres poco mas ó menos, habia vuelto al Danubio y formaba de nuevo el ala izquierda de Moreau; y en virtud de este movimiento el ejército activo del Rhin ascendian á mas de cien mil hombres.

Al lanzarse á Italia el ejército de reserva, se habia visto en la necesidad de dejar á retaguardia parte de los cuerpos destinados á componerle por no tener espacio de aguardar su formacion completa: y así en vez de sesenta mil hombres, total proyectado, solo se habian reunido cuarenta y tantos mil. Con aquellos cuerpos rezagados, habia formado el primer consul segundo ejército de reserva de fuerza de quince mil hombres á las órdenes de Macdonald situada enfrente del Tirol, y en medio de los grisones; lo cual habia permitido á Moreau llamar á sí su ala derecha mandada como ya se sabe por Lecourbe, y tener reunida toda la masa de sus fuerzas por si necesitaba forzar la barrera del Inn.

Establecido el ejército de Italia á orillas del Mincio por el convenio de Alejandria, dispensado también por la presencia de Macdonald, de atender á la Suiza y al Tirol, habia podido unir sus

alas á su cuerpo de batalla reconcentrándose de tal modo, que podia entrar en accion inmediatamente. Compuesto de las tropas que habian pasado el San Bernardo, de las que habian venido de Alemania por el San Gotardo y por último de las de Liguria, que habian defendido á Gérova y el Var, descansado y reclutado presentaba una masa total de doce mil hombres poco mas ó menos, de los cuales ocho mil se hallaban reunidos junto al Mincio. Massena fué nombrado desde luego general en gefe, y en efecto, solo él era capaz de mandarle con acierto: pero por desgracia se habian suscitado altercados desagradables entre la administracion del ejército y los gobiernos italianos. Trasladado el ejército al centro de la fértil Italia, y dueño de los ricos almacenes abandonados por los austriacos, no habia disfrutado sin embargo de todas las comodidades á que le daban derecho sus largas privaciones. Decíase que los agentes de la administracion habian vendido parte de aquellos almacenes, mientras los gobiernos del Piamonte y de la Cisalpina, pretendian hallarse aniquilados por las contribuciones de guerra, negándose á pagarlas. En medio de tal confusion se acusaba mucho á la administracion francesa y se hacian recaer las quejas hasta sobre el general Massena. Muy pronto llegó á ser tal el clamor, que el primer consul se creyó en la necesidad de llamar á Massena, y reemplazarlo con Brune, que dotado de mucho talento y valor, era en el fondo un general mediano y un político mas mediano todavia, siendo uno de los caudillos mas ardorosos del partido demagógico, lo que por lo demas no le impedia ser muy adicto al primer

consul, quien estaba de él muy satisfecho, y no habiendo podido darle un mando activo durante la campaña de primavera, quiso darsele durante la de otoño. La victoria de Holanda le recomendaba mucho á la opinion pública, pero la separacion de Massena era una desgracia para el ejército y hasta para el primer consul. Porque exacerbado Massena iba, á pesar suyo, á convertirse en origen de esperanzas para una multitud de intrigantes que todavia se agitaban en aquel momento, cosa que no ignoraba el primer consul, pero no queria tolerar el desorden en parte alguna y de seguro no habia nadie que se atreviera á censurar semejante conducta.

A estos cuatro ejércitos habia agregado el primer consul otra reunion de tropas en torno de Amiens. De las medias brigadas que habian quedado en lo interior, habia sacado los cuadros de las compañías de granaderos, y llenándolos con hombres de hermosa presencia, habia formado un cuerpo magnífico de nueve á diez mil soldados escogidos, destinados á dirigirse aceleradamente á las costas, si los ingleses ejecutaban en alguna parte un desembarco, ó á pasar á Italia á fin de servir á los mismos fines á que servia Augereau en Alemania, cubriendo las alas y la retaguardia del ejército principal, de cuyas fuerzas habia sido nombrado Murat general en jefe.

Todo esto se habia hecho en lo relativo al reclutamiento con el auxilio de la leva decretada por el Cuerpo legislativo y con relacion á los gastos por medio de los recursos rentísticos creados recientemente. De nada carecian ya aquellos diferentes cuerpos, pues se hallaban bien mante-

nidos, y bien armados y tenian caballos y material completo.

Desde luego puede inferirse cuál seria la impaciencia del primer consul para utilizar tales recursos, á fin de arrancar la paz al Austria antes del invierno; así es que mandó á Moreau y á Brune dirigirse al cuartel general, para prepararse á emprender de nuevo las hostilidades, recomendando al primero que avisara al general austriaco dentro de los plazos estipulados por el armisticio, y no consintiéndole prolongar la suspension de armas, sino con la condicion espresa de que el emperador abandonase al ejército francés las tres plazas á la sazón bloqueadas: Philipsburgo, Ulma é Ingolstadt. Con esta condicion consentia en dar cinco ó seis semanas mas de respiro; y en verdad que lo merecia la importancia de las plazas. Ocupándolas se lograba una excelente base de operaciones junto al Danubio, y entraba en linea el cuerpo que las bloqueaba; dándose ademas tiempo para llevar una de las alas del ejército de Italia hácia la Toscana y el reino de Nápoles, pais donde se continuaban todavia las levas en masa á instigacion del Austria y con el dinero de Inglaterra. Tales fueron las órdenes despachadas al cuartel general de Moreau.

Aprovechando por su parte el tiempo el emperador de Alemania habia empleado con la mayor actividad los subsidios suministrados por Inglaterra, dando impulso á las nuevas levas decretadas en Bohemia, Moravia, Ungria, Stiria y Carinthia. Habia establecido el ministro inglés Wickam una especie de oficina en muchas ciudades de Alemania á fin de comprar soldados que

fuesen á guerrear por la coalicion. Por medio de un nuevo subsidio los cuerpos bávaros y los de Wurtemberg acababan de adquirir considerable aumento. Sin contar los fondos facilitados al Austria, algunos reclutadores ingleses habian tomado á sueldo directo de su gobierno dos regimien- tos compuestos de barqueros, levantados á orillas de los rios de Alemania y destinados á facilitar su paso, y diez mil aldeanos mediante un salario y bajo la direccion de ingenieros austriacos alzaban formidables trincheras en toda la linea del Inn, desde el Tirol, hasta la union de aquellas aguas con el Danubio. Desde Munich hasta Viena todo estaba en movimiento. Se habia renovado enteramente el estado mayor del ejército austriaco. Mr. de Kray habia sido partícipe de la desgracia de Mr. de Melas, á pesar de su valor y pericia en el campo de batalla; el mismo archiduque Fernando, que servia á sus órdenes, habia sido separado; y el archiduque Juan, príncipe jóven, muy instruido, valiente en extremo, pero sin conocimiento de la guerra, llena su cabeza de teorías y deslumbrada su imaginacion por las maniobras del general Bonaparte, aspirando á imitarlas á toda costa, habia sido elevado al mando supremo de los ejércitos imperiales, lo cual era una de esas novedades, que se ensayan de buen grado en ocasiones desesperadas. El emperador se habia dirigido personalmente al cuartel general de su ejército á fin de pasarle revista y reanimarle con su presencia.

Pasó allí muchos dias acompañado de Mr. de Lherbach, negociador encargado de dirigirse á Luneville, y del jóven archiduque Juan. Despues

de haberlo visto y examinado todo en compañía de sus consejeros, conoció que nada estaba pronto, y que aun no se hallaba el ejército bastante restablecido ni en lo material, ni en lo moral, para principiar al punto las hostilidades. Supo Mr. de Lherbach por conducto de Moreau las condiciones bajo las cuales consentia el primer consul en una nueva suspension de armas: se sometió con pesar á aquellas condiciones, y el 20 de setiembre (tercer dia complementario del año VIII), concluyó con el general Lahorie en la aldea de Hohenlinden, destinada á ser célebre muy pronto, una nueva prórroga del armisticio. En su virtud debian ser entregadas al ejército francés las plazas de Philipsburgo, Ulma, é Ingolstadt para que dispusiera de ellas á su albedrio; y en cambio se prorrogaba el armisticio por espacio de cuarenta y cinco dias, contando desde el 21 de setiembre, é incluso los quince que debian preceder de aviso antes de volver á las hostilidades, si al fin habian de romperse.

Regresó el emperador á Viena poco satisfecho de la presentacion que le habian aconsejado hacer en medio del ejército, pues no habia tenido otras resultas que abandonar á los franceses las plazas mas fuertes del imperio. Estaba aquel príncipe devorado de pesar, del cual participaba su pueblo acusando á Mr. de Thugut de haberse entregado enteramente á Inglaterra. Acababa de acudir á Viena la reina Carolina de Nápoles con el almirante Nelson y lady Hamilton para sostener allí el partido de la guerra, pero el clamor público era tremado. Atribuian las gentes á Mr. de Thugut graves faltas, tales como la negativa á oír las pro-

posiciones pacíficas del primer consul, á principios de invierno, la mala direccion de las operaciones militares; la obstinacion en no admitir la existencia del ejército de reserva, aun cuando pasaba el monte de San Bernardo; la concentracion de las principales fuerzas del imperio en Liguria, con el intento de complacer á los ingleses que se lisonjaban de ocupar á Tolon; y el compromiso á que se habia sujetado con el gobierno británico de no tratar sin que tambien tomara él parte en las negociaciones; compromiso firmado el 20 de junio en un momento en que por el contrario hubiera sido conveniente reservarse la mas amplia libertad. Tales acusaciones eran en gran parte fundadas; pero, fundadas ó no, tenian la sancion de los acontecimientos, pues Mr. de Thugut no habia conseguido cosa alguna y los pueblos solo juzgan por el resultado de las cosas. Vióse pues Mr. de Thugut obligado á ceder á las circunstancias y se retiró, conservando siempre bastante influencia en el gabinete austriaco. Mr. de Lherbach fué su sucesor en la direccion de los negocios extranjeros, y para reemplazar á Mr. de Lherbach en el congreso de Luneville, se eligió á un negociador muy conocido, á Mr. Luis Cobentzel, que era personalmente grato á los ojos del general Bonaparte, con quien habia negociado el tratado de Campo-Formio. Se esperaba que Mr. de Cobentzel seria mas idóneo que otro alguno para establecer buenas relaciones con el gobierno francés, y que situado en Luneville á corta distancia de París, no dejaria de dirigirse á aquella capital algunas veces para entrar con el primer consul en relaciones directas.

Oportuna era para la celebracion de la fiesta de 4.º de vendimiario la entrega al ejército francés de las tres plazas de Ulma, Ingolstad y Philipsburgo, pues no solo debia reanimar las esperanzas de paz, sino hacer evidente la apurada situacion del Austria. Aquella fiesta, una de las dos que la constitucion habia conservado, estaba destinada á solemnizar el aniversario de la fundacion de la República. Deseaba el primer consul que no tuviese menos lucimiento que la del 14 de julio la cual habia coincidido tan oportunamente con la entrega al cuartel de los inválidos de las banderas conquistadas en la última campaña; y queria se señalase por su carácter no menos patriótico pero mas serio que el de todas cuantas se habian celebrado en el curso de la revolucion, y especialmente que estuviese exenta de la ridiculez inseparable de la imitacion de los usos antiguos en tiempos modernos.

Forzoso es confesar que la religion deja un gran vacío en las solemnidades de los pueblos, cuando de ellas está desterrada. Juegos públicos, representaciones teatrales, fuegos que iluminen la noche con su brillo, pueden ocupar en parte el dia, de un pueblo reunido para regocijarse de un suceso venturoso, pero en vano aspirarian á llenarle todo. En todos los tiempos las naciones se han mostrado propensas á celebrar sus victorias al pie de los altares, y de las ceremonias públicas han hecho una accion de gracias á la divinidad; pero la Francia entonces no tenia altares! Los que habian erigido á la diosa Razon durante el régimen del terror, y los que los teofilántropos cargaban inocentemente de algunas flores duran-



te el gobierno licencioso del Directorio, estaban cubiertos de un ridículo indeleble, porque en materia de altares solo los antiguos infunden veneración y respeto. Ahora pues, los antiguos altares católicos de Francia, aun no se habian alzado de nuevo, no quedando por eso desde entonces mas que ceremonias académicas hasta cierto punto, bajo la cúpula de los Inválidos, discursos elegantes, tales como podia pronunciarlos Mr. de Fontanes; ó cantos patrióticos tales como podian inventarlos Mehul ó Lesuecer. Bien conocia el primer consul todo esto, y así procuró sustituir al caracter religioso un caracter profundamente moral.

Así como el homenaje á Washington y la entrega de las banderas de Marengo habian suministrado ya asunto para dos fiestas celebradas en tiempo de su Consulado, supo tambien hallar en un gran acto reparador asunto para la fiesta de primero de vendimiario del año IX (23 de setiembre de 1800 )

Cuando fueron violados los sepulcros de San Dionisio se habia encontrado perfectamente conservado el cuerpo de Turena, y un movimiento involuntario de respeto habia salvado aquel cuerpo de la profanacion común en medio de los arrebatos de la plebe. Depositado en el Jardin de las Plantas, fué despues confiado á un hombre; Mr. Alejandro Lenoir, cuyo piadoso celo, digno de ser honrado por la historia, nos habia conservado multitud de monumentos antiguos que habia reunido en el museo de los Petits-Augustins. Allí era donde se encontraban los restos de Turena, espuestos á la curiosidad, mas que al respeto de

los pueblos. El primer consul resolvió colocar bajo la cúpula del cuartel de los Inválidos y á la custodia de nuestros veteranos los despojos de aquel hombre ilustre. Honrar á un gran general y á un servidor de la antigua monarquia, equivalia á enlazar las glorias de Luis XIV con las de la República, y á restablecer el respeto de lo pasado, sin ultrajar lo presente; lo cual era en suma toda la política del primer consul espresada en la forma mas noble é interesante. Aquella traslacion debia verificarse el último dia complementario del año VIII (22 de setiembre) y al dia siguiente primero de vendimiario del año IX (23 de setiembre) habia de colocarse la primera piedra del monumento dedicado á la memoria de Kléber y de Desaix. Así en aquel momento en que nuestra tierra, obediente á las leyes que rigen sus movimientos, ponía término á un gran siglo y daba nacimiento á otro muy grande á su vez, si algun dia es digno de los sucesos que le comenzaron, quiso el primer consul rendir homenaje al héroe de los tiempos pasados, y á los dos héroes del tiempo presente. Para dar mas brillo á estas dos ceremonias imitó hasta cierto punto lo que se habia practicado en la federacion de 1790, y pidió á todos los departamentos que enviaran representantes, los cuales, con su presencia diesen á aquellas fiestas un caracter no solo parisiense, sino tambien nacional. Apresuráronse los departamentos á responder á aquel llamamiento y á elegir ciudadanos distinguidos, que acudieron en tropel á Paris, impelidos por la curiosidad y por el deseo de ver reemplazado por la serenidad el desasosiego, y por la prosperidad las miserias de

la anarquía, y llevados especialmente por el anhelo de contemplar de cerca, oír y hablar á un hombre tan eminente.

El quinto día complementario del año VIII (22 de setiembre) se dirigieron las autoridades públicas al museo de los Petits-Augustins á fin de ir á buscar el carro en el cual habia de colocarse el cuerpo de Turena. Sobre aquel carro tirado por cuatro caballos blancos, se veía la espada del héroe de la monarquía, conservada por la familia de Bounillon y prestada al gobierno para aquella noble ceremonia. Cuatro generales veteranos mutilados en el servicio de la República, llevaban las cintas del féretro: delante iba un caballo pio semejante al que solia montar Turena, con arreos iguales á los que se usaban en aquella época y llevado del diestro por un negro; reproduciendo de este modo con exactitud algunas imágenes del siglo á que se rendía tributo; y en rededor del carro marchaban los inválidos, y detras algunas lucidas tropas, que volvian de las orillas del Pó y del Danubio. Aquel singular y noble cortejo atravesó á Paris en medio de una inmensa muchedumbre y se encaminó al cuartel de los inválidos donde estaba aguardando el primer consul rodeado de los enviados de los departamentos tanto de la antigua Francia de Luis XIV, cuanto de la Francia moderna; representando estos últimos la Bélgica, el Lusemburgo, las provincias rhenanas, la Saboya y el condado de Niza. Debajo de la cúpula se colocó el precioso depósito que traía aquel cortejo: Carnot, ministro de la guerra, pronunció un discurso oportuno y sencillo, y mientras resonaban los ecos de una música gra-

ve y patética bajo las bóvedas de aquel edificio, fué colocado el cuerpo de Turena en el mausoleo donde hoy reposa, y donde iba á unirsele muy pronto su compañero de gloria el ilustre y virtuoso Vauban; donde debia unirsele mas tarde el autor de las grandes hazañas que aquí narramos; y donde permanecerá de seguro, rodeado de tan augusta compañía, mientras duren los siglos otorgados por el cielo á la Francia.

Si en tiempos como los nuestros, en que la fé está entibiada, hay algo que pueda reemplazar ó igualar acaso á las pompas de la religion, son sin duda espectáculos de esta especie.

En la noche de aquel día se quiso ofrecer al pueblo de la capital una diversion menos grosera que las de costumbre, y se dió gratuitamente la representacion del *Hipócrita* y del *Cid*, á las que asistió el primer consul, contribuyendo no poco su presencia y su intencion, instintivamente adivinada por aquel pueblo sensible y entendido, á mantener en aquella reunion tumultuosa un decoro perfecto y poco comun en las representaciones gratuitas. Así es que no se interrumpió el silencio, sino con el grito mil veces repetido ¡viva la república! ¡viva el general Bonaparte!

Al dia siguiente acompañado el primer consul como en el anterior de las autoridades públicas y de los enviados de los departamentos, se dirigió á la plaza de las Victorias, donde debia erigirse el monumento de estilo egipcio, destinado á recibir los restos mortales de Kléber y de Desaix, siendo la voluntad del primer consul que descansasen juntos. Despues de haber colocado la primera piedra, se encaminó á caballo al cuartel